

LA VOZ DE LA CARIDAD.



NUM. 37.—15 de Setiembre de 1871.

*Dios es caridad. (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

LA CUESTION SOCIAL.

CARTAS Á UN OBRERO.

Carta octava.

Apreciable Juan: En las anteriores cartas hemos hablado con frecuencia de *capital*; ya sabemos lo que es, pero convendrá que nos detengamos un poco mas á analizarlo, máxime cuando hoy todo el mundo habla de él, y es un recurso oratorio, una arma ó una bandera de combate *declarar la guerra al capital*; especie de absurdo que causará algun dia grande asombro.

El capital no es precisamente dinero. Se tiene un capital en géneros de lana ó algodón, en frutos coloniales, en trigo, vino ó aceite.

Capital es un valor de que no necesita inmediatamente su dueño, y que puede convertirse en un instrumento de trabajo.

Ya hemos visto que sin capital, sin la facultad de hacer algun anticipo y sin instrumento de trabajo, es imposible civilizacion, prosperidad ni aun existencia de las sociedades.

Sin capital no se siembra el trigo, ni se planta la vid, ni se forman los rebaños, ni se fabrica una vara de lienzo, ni una caja de fósforos, ni se trae una arroba de azúcar, ni una libra de tabaco: sin capital no hay mas que ignorancia, barbarie, miseria moral y física, vicio y crimen, porque ya no cree nadie en las virtudes y altas dotes de los pueblos salvajes.

En los paises civilizados hay pocas personas que no tengan algun capital. Tu herramienta y el dinero con que te mantienes toda la semana hasta que cobras el sábado, es un capital.

El botijo y la cesta donde lleva los vasos la aguadora, es un capital; y las naranjas de la naranjera, y la verdura del que la vende, los fósforos y el papel de hilo del fosforero, las madejitas de algodón y de hilo y los rábanos, son un capital también.

Sin poder hacer algun anticipo, ni agua puede venderse por las calles.

Pero contra estos pequeños capitales nadie truena; no son ellos los causantes de la miseria pública. Ahora te pregunto yo, Juan, es decir, pregunto á los que procuran estraviarte: ¿Desde cuándo empieza la *malicia* del capital? ¿Desde qué cantidad es perturbador, opresor, tirano, como algunos lo llaman? Menester sería fijarla, porque, poco ó mucho, casi todos los hombres son capitalistas, y vendría saber los que no están comprendidos en el anatema.

Como te decia en una carta anterior, á una ley misma obedece el oleage de una jofaina y el del Océano; no es diferente la del mercado de Lóndres á la del puesto de verdura donde compras patatas. El capital del aguador, lo mismo que el del banquero, quiere sacar el mayor rédito posible; procura escluir la competencia y ensanchar el mercado, etc., etc.

Si voy á una tienda de objetos de lujo, veo que me piden por una cosa el doble, un tercio, una cuarta parte mas del precio en que me la dan, del precio corriente; es decir, hablando claro, que procuran engañarme. Aquel gran capitalista es un mal hombre. Llamo al naranjero, me pide también el doble, una mitad, una cuarta parte mas de lo que ha de llevar; me dice que son excelentes aunque sean malas sus naranjas; si puede me las encaja podridas; en fin, que procura engañarme en el precio y en la calidad. Aquel pequeño capitalista es un mal hombre. Todo el que vende una cosa procura sacar de ella la mayor cantidad posible; todo el que la compra trata de dar lo menos que puede: es la ley económica á que obedecen todos, pobres y ricos.

Te haré observar, no obstante, que los pequeños capitales sacan un rédito infinitamente mayor que los grandes, y tanto, que te parecería monstruoso si bien lo notases. El naranjero, el verdulero, el que vende fósforos, sacan un ciento por ciento de su capital cada semana; esto no te irrita, y reservas tu cólera para el fabricante que saca un seis ó un diez por ciento, ó para el agricultor, que saca un tres. El precio de la mayor parte de las cosas que compras está recargado por el rédito exorbitante que de su capital sacan los pequeños capitalistas, que no obstante hallan gracia entre los enemigos del capital, cuya culpa, si la tuviese, estaria en razon inversa de su importancia.

Un gran capitalista hace una casa y procura dar cortos jornales; es decir, comprar el trabajo lo mas barato posible: un pequeño capitalista, el albañil, procura que suba su jornal y trabajar poco y no bien; es decir, vender caro y malo.

El capitalista de un duro y de un millon hacen lo mismo; sus acciones, que pueden diferir en resultado económico, tienen el mismo valor moral, y ellos no son peores ni mejores uno que otro.

¿Deduciremos de aquí que el hombre es un perverso mónstruo, todo fraude y egoismo? No seguramente: lo que de aquí se deduce es que la fraternidad tiene su lugar, que no es el mercado; la compra y la venta, aun con la mejor fe, está regida por el interés, que regatea con el vendedor hasta el último maravedí el mismo que es capaz de darle en seguida su sangre para salvarle de un peligro; que la Providencia, mas sábia que los hombres, ha puesto el cálculo como ley en los negocios mercantiles y en todas las especulaciones, sin lo cual serian imposibles; y en fin, que la generosidad y la abnegacion, indispensables en la sociedad, van con otro orden de ideas y tienen otro campo en que ejercitarse. Importa mucho no confundir estas cosas, ya porque es perjudicial toda inútil tentativa de llevar al mercado lo que no puede estar en él, ya porque se calumnia á la humanidad, pervirtiéndola en igual proporcion si se le niegan sus virtudes, sin mas motivo que el que no las practica allí donde son impracticables.

El capital es un gran bien, una necesidad. Se abusa de él como del poder, de la ciencia, del valor, de la fuerza, del nacimiento, de la belleza, de cuanto hay. Toda ventaja puede convertirse en una iniquidad si el que la posee no tiene razon ni conciencia, pero la mayor ó menor cuantía del capital no varía su esencia, y los pequeños capitales son los que exigen un rédito mayor.

Sobre otra circunstancia llamo muy particularmente tu atencion, que se fija en los capitalistas que se enriquecen y no en los que se han empobrecido. Si estudiaras la historia de muchas industrias que hoy prosperan, tal vez de la mayor parte, verias que los primeros, acaso los segundos y terceros especuladores que las plantearon, se han arruinado, y los que vienen despues compran por casi nada edificios, aparatos, etc., y reciben de balde la esperiencia que costó su fortuna al que les ha precedido. Esto no es un caso eventual; hay una gran masa de capitales que constantemente se pierden en especulaciones *que salen mal*, y que no son otra cosa que ensayos hechos á costa de los capitalistas y en favor de la sociedad, y de ti, que formas parte de ella.

La explotacion de minas, por ejemplo, es seguro que no da lo

que cuesta, sobre todo la de metales preciosos. Cualquiera que sea el móvil que impulse á llevar allí los capitales, es el hecho que se pierden en gran parte para su dueño, y que el beneficio que logra la sociedad es á costa de la pérdida de muchos de sus individuos.

Tú dirás tal vez: ¿cómo puede ser útil para la sociedad lo que es desventajoso para el individuo? Nos detendremos un momento para comprenderlo bien.

En España es indudablemente útil que se introduzcan ciertas industrias de que carece, y para las que no tiene ninguna desventaja *natural*. Sea la fabricacion de cristales, y la pongo por ejemplo porque me consta que una fábrica que está hoy dando grandes ganancias arruinó á sus primeros dueños. Trátase, como te digo, de la fabricacion de cristal; hay que traer todos los operarios del extranjero, y las materias primeras en su mayor parte; hay que buscar corresponsales, y hacer variar al comercio del camino que tiene hábito de frecuentar yendo á surtirse á otra parte; no se pueden vender inmediatamente los productos, como seria necesario; hay que hacer edificios costosos, etc., etc. No basta el capital; resultan errados los cálculos, y el especulador se arruina. Le sucede otro á quien acontece lo mismo; hasta que el tercero, con los edificios y útiles que compra mas baratos, con todos ó una parte de los operarios que halla instruidos ya, sin tener que apelar al medio onerosísimo de recurrir á extranjeros, con corresponsales y medios de dar salida á los productos, con el capital que se ha visto ser indispensable para el buen resultado de la empresa, con la experiencia, en fin, comprada á costa de la ruina de los otros dos, el tercer especulador plantea una industria beneficiosa para sí y para el país.

Con la explotacion de una mina sucede algo parecido. Si nada se saca de ella, el capitalista y la sociedad, todos pierden: mas; puede sacarse un mineral de mucha utilidad, pero en cuya explotacion se hayan arruinado una ó mas personas, ó que, aunque no se arruinen, no saquen rédito á su capital, ó lo saquen muy pequeño.

Esto es todavía mas palpable en las grandes obras públicas. Se sabe que los caminos de hierro no han sido una buena especulacion en ninguna parte; que en muchos han perdido los individuos los capitales en ellos empleados. Tú, que recorres alegremente la via en un tren de placer, tal vez entre copla y copla echas una parrafada contra el capital, contra ese feroz tirano causa de todos tus males, y no sospechas que te ha hecho gratis, ó poniendo dinero encima, la obra tan útil y cómoda para ti y para la sociedad entera.

¿Has oido hablar de la apertura del istmo de Suez? Es una empresa gigantesca, que pone en comunicacion el Asia con la Europa,

y que regenerará aquella inmensa parte del mundo, llevando á su cabeza la luz de la ciencia, y á su corazon el espíritu del Evangelio. ¿Cómo se lleva á cabo esta obra? Sacrificando el capital: parece que el sacrificio es la ley de todas las grandes cosas.

Y cuenta con que en esas empresas en que se pierde el capital en todo ó en parte, el trabajo, y sobre todo el trabajo manual, no pierde nada; haya ó no haya ventajas, cóbrese un interés ó no se cobre, los jornales del obrero se pagan religiosamente. Se dirá que no es posible otra cosa, porque el obrero no tiene ahorros para hacer anticipos, y no podría trabajar si no se le diera cada semana con qué comer: así es la verdad, pero no es menos cierto que el trabajo del bracero nada pierde en las empresas que arruinan el capital, que fruto las mas veces de grandes privaciones y de una laboriosidad inteligente, desaparece para su dueño con grande ventaja del comun. Si se hiciera una estadística exacta, te asombrarias de los millones que cada año pasan de manos de sus dueños á la sociedad, que los recibe, ya en forma de obras públicas que no son ventajosas para los particulares que las emprenden, ya en tentativas industriales ó mercantiles, ruinosas hoy, y que un dia serán de grande utilidad. Estos millones suponen centenares ó miles de personas que pierden parte, tal vez toda su fortuna. Ha sido mal adquirida, pensarás tal vez. Este es otro error en que estás, Juan. Hay fortunas, demasiadas por desgracia, que son, en efecto, mal adquiridas, pero no son las mas, ni con mucho; la mayor parte son fruto del trabajo inteligente, de la perseverante economía.

Tú te quejas del especulador afortunado que escatima al obrero su jornal, mientras él realiza grandes ganancias. Suelen exagerarse mucho las ajenas, mas si es como tú lo dices, hace mal; pero si es raro que un capitalista, cuando realiza una gran ganancia, espontáneamente dé una parte de ella á los operarios que le hayan ayudado á realizarla, no tengo tampoco noticia de que los trabajadores que han recibido buen jornal, y religiosamente pagado, para plantear una industria que arruinó al que ha intentado establecerla, digan: «Vamos á fumar algunos cigarros menos, y dar dos cuartos cada semana, para que no se muera de hambre el que fue capitalista y hoy está sumido en la miseria. Nos ha dado pan y hoy no le tiene, y nosotros ganamos en la tentativa en que él lo perdió todo.»

Te repito que no tengo noticia de que los obreros hayan pensado nunca nada semejante en los muchos casos (porque insisto en que son muchos) en que se arruina en una empresa el que pagó bien el trabajo. Y no es que los trabajadores sean malos ni miserables, nada de eso; son, por el contrario, caritativos y generosos, pero no les ha

ocurrido semejante idea, hija de la fraternidad que debe existir, y que no existe entre los hombres.

Reasumamos, Juan.

El capital es una necesidad imprescindible.

La gran mayoría de los hombres son capitalistas.

El capitalista, grande ó pequeño, hace lo mismo; saca de su capital todo el interés que puede.

Los capitales mas pequeños son los que sacan mayor interés.

La fraternidad y la abnegacion, indispensables en el mundo, no pueden exigirse en las especulaciones, cuya ley es el cálculo.

Gran número de capitalistas se arruinan en empresas beneficiosas para la sociedad.

Aunque el capitalista se arruine, el obrero cobra, y no se cuida de la suerte del que perdió su fortuna.

Yo siempre estoy con mi corazon de parte de los pobres, pero mi razon me demuestra muy claro que pobres y ricos se calumnian, cuando se atribuyen mutuamente vicios de clase. El capitalista, en lugar del obrero, haria como él, y este se conduciria como el millonario si en su posicion se hallase. Las virtudes y los vicios del hombre, varían de forma segun su posicion: en la esencia son los mismos. Tú y yo conocemos ricos que deberian estar en presidio, y pobres que por falta de justicia andan sueltos.

El declarar la guerra al capital es tan absurdo, como sería declarárselo al trabajo, al arado, á la sierra, al martillo, al pan, á la carne, al aceite y á las patatas.

En vez de maldecir el capital, el trabajo y el producto, lo que hay que hacer es moralizar é ilustrar al capitalista y al trabajador, para que no abusen de la fuerza cuando respectivamente la tengan, ó crean tenerla; para que comprendan el gravísimo perjuicio que se les sigue, y el peligro en que los pone el tratarse como enemigos; para que sientan que, sin moralidad, benevolencia y abnegacion, son insolubles todos los problemas sociales; y que mientras la fraternidad no sea mas que una palabra, no se puede llamar un bien á la riqueza.

Concepcion Arenal.

EL CODIGO DE LA MISERICORDIA.



Enseñar al que no sabe. Dar buen consejo al que lo ha menester. Corregir al que yerra.

Existe la pobreza y ha de existir siempre en la humana sociedad. Una ilustre escritora en sus «Cartas á un obrero,» demuestra con elocuente y vigoroso estilo esa ley, á la cual en vano se opondrán otros remedios que el sufrido é inteligente trabajo y la cristiana caridad.

Tambien la pobreza del entendimiento existe y ha de existir siempre entre los hombres. Como el defecto físico de nacimiento, ó la enfermedad, ó los vicios, hacen inepto al hombre para el trabajo material fecundo, así le inhabilitan para el régimen de su espíritu y la acertada direccion de sus acciones, ó la limitacion nativa de sus facultades, ó la falta de educacion oportuna y adecuada, ó el imperio de las pasiones, que no siempre se ven sometidas (y menos en ciertas edades y caractéres) al sereno equilibrio de la sana razon.

De esa pobreza del entendimiento nacen muchas miserias: de su remedio grandes consuelos. El que enseña al que no sabe, el que da buen consejo al que lo ha menester, el que corrige al que yerra, levanta en el campo de la misericordia obras mayores y produce mayores beneficios que el que da pan al hambriento, bebida al sediento, vestido al desnudo, salvo aquellos casos en que de este don material depende la vida del socorrido.

Ved al sencillo labriego. Nació y vivió á la sombra del árbol añoso que protege su cabaña. En los primeros años de su robusta infancia recorrió los lugares queridos que rodean su mansion, henchida de aire, de luz y de paz. Aprendió á travesear en la vecina pradera, á perseguir al jugueton corderillo, á beber en el hoyo de la inocente mano el agua de la fuente cristalina, y mas tarde á trepar por el árbol copudo y por la escarpada roca, á atravesar el rio, á salvar el monte, á contemplar los astros, á conocer las estaciones; y si fue dichoso en la envidiable medianía, cantada con admirable lira por el príncipe de los clásicos, aprendió tambien «á labrar con sus propios bueyes, y por ningun acreedor perseguido, los campos que recibiera de la paterna heredad.» Pero nada mas sabe.

Acontece que un soplo de adversidad agita su mente. La enfer-

medad y el dolor visitan su morada. Cesan las productivas labores de los viriles brazos, y las no menos fecundas de las manos asíduas de hijas y esposa. ¡Consternacion en la familia! ¡Crisis en los rústicos negocios! Aquella eclipsa la alegría del hogar: esta aleja del labio de la inquieta prole el apetecido pan cotidiano. ¿Qué hacer en tal angustia? Los modestos bienes mal vendidos pueden ser el socorro de hoy, pero dejando el hambre para mañana. La usura asoma por las puertas de la casa; la desesperacion por las del alma..... En tanto acude con tierna solicitud la *misericordia*. Sus pasos no los oye el mundo, pero los siente el corazon de los afligidos. La voz del amigo, del protector, del vecino, del transeunte, tocados de la llama de la caridad, dice al labriego: «Que no entre *la usura* en tu casa ni *la desesperacion* en tu alma; ambas son ruina de irreparable daño. Mira; la enfermedad decrece, el dolor quiere ya ausentarse. En vez del usurero cercano, que acecha tu amargura para fundar en ella su prosperidad, busca un poco mas lejos el banco de piedad ó el pósito agrícola, que abrirán sus puertas á tu honrado crédito; pero búscalos tan solo para la atencion precisa del urgente momento. Lo demás hazlo con los milagros de la economía. Tienes un ajuar decente; redúctete á un ajuar humilde. Vestias con decoro; viste con pobreza. Reduce á la mitad el trigo de tu sustento, y suple la otra mitad con el maiz ó centeno. El trabajo manual de la velada, que puede proporcionarte la fábrica de la ciudad que allá en lontananza divisas, aumente mientras necesario sea el producto del trabajo diario del campo. Un esfuerzo decidido, una accion perseverante, el gran juicio de la racional paciencia salvará tu hacienda y la suerte de tus hijos. Ni la usura, ni la vanidad, ni el abatimiento, ni la desesperacion la salvarian de seguro.

El afligido abre á esta voz el oido, los ojos y el corazon; renacen sus fuerzas, su energía, su esperanza; y en donde aquel rayo de enseñanza brilla, ya no reina la fraudulenta astucia sobre la triste indolencia, el desfallecimiento y la postracion.

Ved al huérfano opulento. Heredero de gran fortuna; rodeado por la adulacion y el fraude; requerido de los vicios; tentado por las pasiones; ante un mundo que no conoce; sobre un abismo de peligros é insidias que no sondea; cargado con una riqueza, que despeñado le haría rodar con mas violencia al precipicio, su presente y futura suerte ¿de qué depende?..... De un consejo oportuno. Si la lisonja ó la perfidia dicen á su oido: goza, triunfa, suelta el freno, todo lo puedes, nada temas, nada respetes, el dios *oro* te hace potente é invencible..... entonces, ¡pobre huérfano! ¡desdichada opulencia!..... La salud cansada de sufrir excesos, el alma hastiada de

de inercia, la riqueza mermada por el abandono y deshonrada por el mal empleo, presto dirán al despreciable dueño: pasaste por el mundo como una exhalacion pestilente, y de él te alejas triste, solo, envilecido, sin la memoria del noble ejemplo, sin la esperanza del premio merecido, sin pena de los que te trataron, ni bendiciones de los que te conocieron.—¡Feliz él si, por el contrario, la amistad ó la misericordia le hablan con su salvador acento! Mide tus pasos, le dirán; robustece tu entendimiento; prepara tu corazon y eleva tu espíritu; no te estanques y te revuelvas, como en onda cenagosa, en esa material riqueza, que nada vale para el tuyo ni el ageno bien, si no sabes hacerla instrumento de verdaderos bienes; engrandécete con la única grandeza del hombre, las virtudes, la ciencia, la noble modestia y la cristiana humildad, que las preservan del viento de la disipacion y del corruptor fermento del orgullo. Y toma despues sábiamente de tu riqueza lo que pudieres para hacer la dicha de los demás, que en eso tambien hallarás tu propia é infalible dicha. Así crearás dignidad en tu persona, crearás familia en tu hogar, virtudes á tu alrededor, fama para tu nombre, puros amores en tu corazon, esperanzas en tu espíritu, y paz y serenidad, y fe y energía en tu envidiable conciencia. Cuando del mundo te alejares, todavía las huellas de tus pasos despedirán fragancia, y la luz de tu memoria se reflejará en tus obras y en la frente agradecida de tus numerosos protejidos.

Consejo que tales frutos produce ¿podrá llamarse fecundo?

Ved, en fin, al hombre arrogante y animoso. Su sangre, abrasada por el sol de la juventud, le impulsa á las acciones arrebatadas, á las empresas irreflexivas. Sus ideas son relámpago que fascina; sus deseos, llama que consume; sus ímpetus, huracan violento. Sin depravacion, daña; sin premeditacion, ofende; sin saña, maltrata. Capaz de arriesgar su vida por defender á otro, por rechazar una injusticia, es tambien capaz de cometerla contra cualquiera.—En triste momento de sus raptos lamentables atropella al inocente. Su corazon no es malo, pero sí tumultuoso. Su mente no es estúpida, pero sí ligera. Y pasan corazon y mente sobre la víctima, sin comprender ni remediar sus dolores. Acaso aquella víctima es un infeliz indefenso; tal vez un sér delicado; por ventura una sagrada autoridad, padre ó madre que se vulnera ó desconoce: ¡gran desventura para el ofensor!..... En tales sucesos, el alma generosa y caritativa que los presencia ó los conoce, nutrida con la severa moral cristiana, impelida por fraternal amor, autorizada por celestial doctrina, haciendo de su propia abnegacion escudo contra las ingraticudes, *corrige* con dulce é insinuante acento al desgraciado *que yerra*; despierta en el

fondo de su espíritu ese eco de la conciencia que se llama remordimiento; evoca en su pecho aquella noble tribulación del arrepentido; arranca de sus ojos lágrimas y de su corazón propósitos, que en adelante reprimen el mal impulso, rectifican la índole extraviada, y atraen aquel ánimo indómito y desenfrenado á la ley del deber, al régimen de la moral, al campo de los buenos. Dejad que, suelto y sin norma, corra por el mundo conculcando derechos, rompiendo dichas puras, relajando vínculos santos: será *desdichado*, é instrumento de *desdichas*. Mas la corrección oportuna (que de labios de *la caridad* jamás ofende ni irrita) abre á la luz sus ojos, para ver y evitar el precipicio adonde caminaba.

Acumulad ahora por un momento en vuestra imaginación todo el beneficio de esas acciones lentas, seguras, incesantes, simultáneas del hermano sobre el hermano, considerados como tales todos los hombres, y vereis cómo el mundo se levanta en una aspiración sublime hácia la ley de Dios. Suspended por el contrario todas esas acciones benéficas, suprimid esas morales fuerzas, reemplazadlas con la voz del odio, la inspiración de las envidias, la explotación de las pasiones, la santificación del vicio, el brio de los indomados apetitos; y unas veces con nombre de socialismo, con el de comunismo otras, con el de crimen é iniquidad muchas, y de delirio é insensatez siempre, vereis el mundo en llamas, las almas en ira, volcadas al cieno las costumbres, en la pobreza y la abyección los campos, los centros sociales dando estallidos, la barbarie estrujando á la civilización con ruda y asquerosa planta. Y hasta sabreis (cubierto el rostro de vergüenza para oírlo) que si un español ilustre en el siglo XVI (1) fundó para enseñar en todo el mundo *al que no sabe*, á los niños pobres, por voto religioso de caridad y abnegación, esas venerables *Escuelas Pías*, honra del patrio suelo, que han sobrevivido en España al vaiven de todas las revoluciones y á la saña de todos los partidos, los cuales para gloria nuestra unánimemente las han respetado, en la ébria capital de la desventurada Francia, en el comienzo del tercio último del siglo XIX, se ha degollado á los que podríamos llamar los Escolapios franceses, á los hermanos de la *Doctrina Cristiana*, á la vez que se hacía la horrible hecatombe de honrados ciudadanos, ilustres teólogos, sabios profesores, valientes generales, y un santo Arzobispo que, al ser asesinado, bendecía con piadosa mano á sus verdugos, convertidos en tales por un acto miserable de inaudita bestialidad. ¡Hecho nefando, que entre orlas de luto guardarán las páginas de la historia!.... Con él dirán al mundo, que cuando las

(1) San José de Calasanz.

doctrinas salvadoras y los sentimientos fraternales de un Evangelio, gloria y redencion de la humanidad, son abandonados primero, y luego menospreciados, escarnecidos, combatidos en guerra de exterminio; cuando en vez de *enseñar al que no sabe* se le estravia; en vez de *dar buen consejo á tantos como lo han menester*, se les abandona con la glacial indiferencia del egoismo; en vez de *corregir al que yerra*, se le declara inviolable, casi impecable, y por tanto *incorregible*, erigiendo en su propia é individual razon, presa de las pasiones, el delirante tribunal de todas las soberanías, vienen al lado de tal insania, *como inmundo cortejo*, la impúdica molicie del sensualismo y el cieno del vicio, y en pos, *como horrible séquito*, el fuego y la sangre, la pavorosa ruina, el rechinar de dientes de la humana desesperacion.

Carlos Maria Perier.

EL POBRE DEL CAMPO.

Es indudable que todos generalmente nos fijamos y nos apasionamos mas por los objetos que tenemos á la vista que por los que se hallan distantes, aunque merezcan nuestra atencion tanto ó mas que los presentes.

Esto, que sucede en muchas cosas, se verifica tambien en las simpatías hácia los pobres. Los que vivimos en las grandes poblaciones, si hablamos y nos ocupamos de las clases desvalidas, nos referimos principalmente á los que piden limosna en las calles, á los que viven en las boardillas de nuestra casa ó de la vecindad, á los que tienen mas medios de hacer llegar á nuestros oidos los ayes de su dolor, á los pobres, en fin, de la ciudad; y entretanto nos olvidamos quizás de los pobres del campo, de los jornaleros de la tierra, que viven en la aldea, en la granja, en la choza y acaso en la cueva.

Todos son muy dignos de compasion. ¡Dios nos libre de pretenderla para unos desviándola de otros! No queremos establecer categorías ni preferencias en favor de una clase determinada; al contrario, lo que deseamos es que no las haya, y que la proteccion y el socorro de la caridad llegue al pobre del campo lo mismo que al de la ciudad.

Porque si no fuese así, si en esta materia pudiesen tener cabida las preferencias de simpatía, mas acreedores á ellas aparecerian los jornaleros del campo. Los de las grandes poblaciones, en primer lugar están mas en contacto con las gentes acomodadas que pueden auxiliarles; tienen facilidades mayores para disfrutar el amparo del

hospital, del hospicio y de la casa de socorro; y como sus miserias son mas conocidas, están en mejor aptitud para merecer y disfrutar los consuelos de la beneficencia domiciliaria. Además su jornal, que depende generalmente de alguna industria, si bien está espuesto á los entorpecimientos y paralizaciones producidas por las crisis fabriles, ni estas suelen ser generales, ni les es enteramente imposible ocuparse en otro oficio. El obrero de una fábrica de tejidos que se paraliza, puede ser peon de albañil; y para un jornalero robusto y laborioso, no falta fácilmente ocupacion en una grande capital, si se busca con eficacia.

Pero el jornalero rural, que solo vive del campo, que solo sabe trabajar en el campo, que está generalmente, ó aislado en una casería ó avecindado en una pobre y pequeña aldea, sufre mucho mas las consecuencias de la miseria cuando viene la hora del infortunio. En la mayor parte de las comarcas de España, por las condiciones del terreno, por la escasez de aguas, y sobre todo por esas prácticas rutinarias que se sobreponen á los preceptos de la ciencia agronómica, la explotacion agrícola está reducida al cultivo de cereales. De él vive el hacendado; en él se ocupa el bracero; y cuando llega un año desgraciado, cuando suena la palabra terrible *no hay cosecha*, el hacendado queda pobre y el pobre cae en la mayor miseria, porque ni tiene socorro, ni hay otra industria preparada para reemplazar la del laboreo de la tierra.

Entonces se organizan, sin mas estímulo que el material del hambre, esas emigraciones de jornaleros que, cual poblaciones nómades del desierto, van de una parte á otra en busca de un mísero jornal que les falta en su país, y sin el cual no pueden vivir. No sucede así en los artesanos é industriales de la ciudad.

Hay además otra consideracion que acusa como injusto el olvido en que tenemos las miserias del pobre del campo, y es lo muy acreedor que, generalmente hablando, se hace á nuestra simpatía por su mayor pureza de costumbres, por sus instintos buenos, y hasta por su hábito de sufrir en silencio las adversidades de su destino, en vez de salir á la calle á esponerlas con ayes lastimosos.

La vida del campo parece tener un misterioso influjo en la moral del hombre. El alejamiento del bullicio y de la agitacion que reina en las grandes poblaciones, cierta independendencia que halla el labrador en su granja ó en su choza, y algo de esa impresion que el espectáculo continuo de las obras de la naturaleza, observado en la soledad, causa casi siempre hasta en las almas menos predisuestas para sentirla, todo esto produce su efecto en la rústica educacion del niño, en la índole del joven, y en el carácter sencillo y pacífico del

hombre. Ese género de vida además desarrolla de un modo especial los sentimientos de la familia: hay verdadero hogar doméstico en las gentes que, pasando el día trabajando á larga distancia de su casa, buscan de noche con afán la cena patriarcal de familia y el círculo de los padres, de los hijos y aun de los criados, al rededor del fuego que reanima, consuela y adormece.

Tal vez se creerá que nos dejamos llevar en esto de algo de idilio pastoril, que vendrá á desvanecer la fría realidad de las cosas; pero creemos que no es así. Los hechos hablan.

Si se trata de criminalidad, la estadística nos marca una notable desproporción entre las grandes poblaciones y los pequeños caseríos agrícolas. En las cuestiones y pleitos civiles sucede lo mismo.

Los sentimientos religiosos llevan á la sencilla iglesia de la aldea una multitud, que no es frecuente ver, ni tan grande ni tan fervorosa, en la catedral y en los templos de la ciudad.

En las plazas de esta, en sus cafés y en sus garitos hay mucho vago y mucho vicioso: en el campo, no todos serán virtuosos, pero en todos suele ser innato el hábito del trabajo.

Finalmente, cuando se trata de convulsiones políticas y de alteraciones de orden público, se fija principalmente la vista en los grandes centros de población, y no en la población diseminada de los campos. Los Gobiernos observan con previsorá vigilancia cualquier movimiento, agitación ó descontento de un millar de obreros fabriles, y descuida y nada teme de un millon de jornaleros agrícolas.

En apoyo de estas ideas, oigamos las elocuentes palabras que hace pocos años pronunciaba en el púlpito de Nuestra Señora de París uno de esos eminentes oradores cristianos, que durante una larga época han atraído allí la concurrencia mas distinguida é ilustrada, ávida de ver cómo la religion, no solo no está divorciada de los progresos de la civilización moderna, sino que estos la necesitan para ser fecundos en bienestar y en prosperidad del país. Decía así:

«No quisiera ser injusto con las ciudades; no las llamaré con el
 »poeta Lamartine *establos de las naciones*; y no espero, como él, su
 »desaparición en el porvenir. Cualesquiera que sean en efecto los
 »vicios y las miserias que esconden y engendran, las ciudades son
 »centros necesarios y gloriosos de la vida de los pueblos. Sin embargo,
 »son centros escepcionales, pues el verdadero teatro que la Provi-
 »dencia ha preparado á la actividad de las sociedades, no es la ciudad
 »sino la campiña. Allí ha reunido con una especie de lujo las con-
 »diciones mas favorables para la salud del cuerpo y del alma. Las
 »clases trabajadoras realizan allí mas fácilmente la alianza fecunda

»de la ventura y la virtud; en tanto que las clases superiores, preser-
 »vándose de la corrupcion, pueden ejercer en vasta escala la influen-
 »cia de la riqueza y de la educacion, que debia ser su mayor goce,
 »así como es su deber mas sagrado. El haberse trasladado los ricos
 »á las ciudades y tras ellos los campesinos, ha sido el principio de
 »nuestros males; y el único remedio consistiria en volver bajo nue-
 »vas formas, apropiadas á la sociedad actual, á las tradiciones de la
 »vida de cabaña y de quinta.

»No descentralizaremos eficazmente hasta que se haya inculcado
 »en los ánimos, y mas principalmente en los corazones, el convencimi-
 »miento de que la mejor habitacion del hombre no está en las ca-
 »pitaes ni aun en las ciudades de provincia, sino en el campo. Así
 »pues, cuando veo establecerse en el seno de una nacion una cor-
 »riente que no es natural; cuando veo que la poblacion se desvia de
 »una manera tan fatal, y que toda la sangre del cuerpo social se
 »dirije hácia la cabeza, temo las mayores desgracias, me niego á
 »aplaudir los esplendores ficticios, y exclamo en fin con Enrique III
 »ante esta capital, demasiado vasta ya en aquella época: ¡París, cabe-
 »za enorme para la Francia que la lleva!»

Triste pues y simpática es la situacion del pobre del campo, ya la miremos en relacion á su miseria, ya bajo el aspecto de sus buenas cualidades.

¿Cómo se aliviarían las penalidades de esa situacion? ¿Cómo podrían estenderse á la vida de los campos las tendencias caritativas que van desarrollándose en las grandes poblaciones?

Lo indicaremos en otro artículo.

Antonio Guerola.

ANALES DE LA VIRTUD.



La limosna del pobre.

En una humilde vivienda,
 Que entre tejados se esconde
 Y á que se llega subiendo
 Sesenta y cuatro escalones,
 Se ve una mesa de pino
 Frente dos viejos sillones,
 Una percha y una cama,

Algunos libros y un cofre.
 En la cocina el ajuar
 De quien lo preciso come.
 En las paredes estampas
 Objeto de devociones,
 Clavadas en las esquinas
 Porque el papel no se arrolle,
 Y con marco un espejito
 A trechos falto de azogue.
 No hay jaula con pajarillos,
 Ni hay en la ventana flores,
 Ni grillera, ni guitarra,
 Ni nada en fin que denote
 La alegría, que no es siempre
 Enemiga de los pobres.
 Está sola una mujer
 Con sus tristes reflexiones:
 La hora es buena para hacerlas,
 Entre la tarde y la noche.
 Su mirada y ademanes
 Dicen en lúgubre acorde,
 O las desdichas pasadas
 O los presentes dolores.
 Razon tiene de afligirse.
 Es sola, y enferma, y pobre.
 Cuando la cabeza inclina,
 A la puerta una voz oye;
 Debe serle muy querida
 Según alegre responde.
 Corre á abrir; una señora
 Entra, la mano le coje,
 Y la silla en que se sienta
 Cerca de la suya pone.
 Sus proyectos reflexiona
 Y sus desventuras oye,
 Alienta sus esperanzas,
 Desvanece sus temores;
 Que no hay abatido pecho
 Que la piedad no conforte.
 Saca luego un blanco paño
 Que en partes menudas rompe,
 Y conversando entre sí
 Se dicen estas razones.
 —A demandarte un servicio
 Llego.—Llegais en buenhora.
 Por vos me fuera, Señora,
 Dulce cualquier sacrificio.
 —¿Estás de servirme ufana?
 —Mandad, ni como ni duermo.
 —Son hilas para un enfermo
 Que debe partir mañana.

—Dejad que en algo le ayude.
 —Pocos tan míseros viste.
 ¿Y á quién acudirá el triste
 Si á la caridad no acude?
 Tantas amarguras pasa
 Para llegar á su puerta
 Pobre..... y una herida abierta.....
 Y á cien leguas de su casa.....
 Qué ha de hacer.—Atribulado
 Nuestro corazon suspira,
 Y apenas alrededor mira
 Ve alguno mas desgraciado,
 —Este mísero probó
 El rigor de nuestros males.
 —Con estos cuatro reales
 Quiero socorrerle yo.
 —Tienes pocos, otra obra
 Harás de Dios en servicio.
 —Pues hace buen sacrificio
 El que da lo que le sobra.
 —El tuyo á rechazar voy,
 Mañana estás desvalida.
 —Dios me ordena que le pida
 Nada mas que el pan de hoy.
 —Tu enfermedad..... tu vejez.....
 Y tu triste situacion.....
 —No añadais la privacion
 De hacer bien alguna vez.
 Aceptad, pues, sin demora
 Mi limosna, sin recelo,
 Que me es el darla consuelo
 Y tengo pocos, Señora.—
 Esto diciendo, en la mano
 De su bienhechora pone
 Una moneda que aquella
 Con veneracion recoge,
 Y á sus últimas palabras
 Estas palabras responde.
 —No es esta la vez primera
 Que al desvalido socorres
 Tú, infeliz y desvalida....
 ¡Dios de gloria te corone!—
 Y una lágrima bendita,
 Que por sus mejillas corre,
 Es la bendita alabanza
 De la limosna del pobre.

Concepcion Arenal.